

I.
Prólogo:
Cultivar el asombro

*«Cuéntamelo y lo olvidaré,
Enséñamelo y lo recordaré,
Involúcrame y lo aprenderé».*

Benjamín Franklin

La labor de educar es una actividad de gran impacto en la vida de sus protagonistas, que deja una huella decisiva en su identidad y realidad personal. Por un lado, es una etapa de enorme significado para el que enseña y comparte sus conocimientos, por el amplio alcance que logra en los demás con su saber y labor formativa. Y, por otro, porque produce una profunda transformación en quien la recibe.

Si este es un niño o un joven en sus primeros años de formación, la educación será un largo camino de experiencias de aprendizaje y adquisición de virtudes, que marcarán decisivamente su futuro y, por consiguiente, su vida. Si es un muchacho en sus años de secundaria y primeros años de vida universitaria, será una etapa de conso-

lidación de su preparación académica que servirá de base para el resto de su formación técnica y/o profesional.

Lo importante es considerar que la labor educativa es un proceso largo y continuo, que se convierte en una secuencia constante en el tiempo. Por eso, la transformación de la que hablamos se va fraguando día a día, a veces de forma imperceptible y silenciosa, pero tenaz y profunda en el interior de la persona. «La educación es una inversión que requiere tiempo, mucho tiempo, todo el tiempo que precisa una vida humana» (Ferrer, 2003).

Lo otro esencial a tener claro, es que los primeros y grandes educadores de los niños son sus padres, los cuales están continuamente formándoles con el ejemplo de su vida y la fuerza de su palabra. ¡Qué importante es para un niño sentir el afecto, el calor y la cercanía de sus padres a lo largo de las diversas etapas de su formación! ¡Cuántos tesoros descubrirá en el baúl de los recuerdos de sus padres y en el caudal de experiencias aprendidas a lo largo de su vida!

¡Qué importante es para un niño sentir el afecto,
el calor y la cercanía de sus padres a lo largo
de las diversas etapas de su formación!

Sin embargo, aunque es verdad que la labor educativa de los padres es insustituible, puede ser complementada por la presencia de maestros que ayuden a enriquecer sus

conocimientos y le aporten nuevos matices en su formación como persona. A veces, la mirada objetiva y oportuna de un buen maestro, abre cauces nuevos en la inteligencia del niño que lo hace descubrir grandes horizontes en su vida. En otras, la amable y reiterada exigencia de practicar ciertos hábitos diarios, hará maravillas en la estructura mental, física y espiritual del niño, que lo prepararán para acometer con entusiasmo, disciplina y fuerza de voluntad los pequeños y grandes deberes que se le presenten.

La mirada objetiva y oportuna de un buen maestro, abre cauces nuevos en la inteligencia del niño que lo hace descubrir grandes horizontes en su vida.

El maestro que hace honor a esta noble labor de formar a una persona hace más que solo impartir conocimientos o enseñar hábitos buenos. Un buen maestro, es aquel que logra nutrir el intelecto con la rica savia de las ideas, fortalece el carácter con las raíces profundas de las virtudes y enciende el fuego del espíritu con el cálido rescoldo de la esperanza. Exige con autoridad y empeño, pero reconoce el esfuerzo con aprecio y estímulo.

¿Cómo hace un maestro así para forjar estas grandes cualidades en una persona? Sintiendo verdadero afecto por su labor y por sus alumnos. Porque solo quien ama lo que hace y para quien lo hace, consigue hilvanar en su labor la intensa lucidez de las ideas, la energía incom-

bustible de su pasión por enseñar y el luminoso crisol de un alma encendida. Estos son los mimbres que forman a personas de una pieza y de un talante extraordinario.

Lo mejor de todo es que lo consigue a través de las aptitudes innatas de sus alumnos, que se manifiestan en los talentos, dones y destrezas que cada uno trae consigo de forma natural. Pero especialmente, a través de potenciar una actitud decidida al trabajo, disciplina y fuerza de voluntad. Es decir, a través del esfuerzo constante, perseverante y fiel que es capaz de superar obstáculos y dificultades con firme determinación.

DESARROLLAR EL TALENTO Y CULTIVAR EL ESFUERZO

Lo primero es desarrollar el talento. Ni más ni menos. Pero esto no es repentino ni improvisado. Hay quienes no se conocen lo suficiente a sí mismos para saber sus propias fortalezas y capacidades. Saben que algunas cosas les resultan más o menos fáciles, pero no aciertan a identificar que esa habilidad con que las hacen es fruto de un don particular. Tienen talento para realizar ciertas acciones o tareas, pero como se les da de forma natural, lo atribuyen a la costumbre o a la práctica habitual.

Esta cualidad innata es un regalo precioso que no siempre uno alcanza a valorar lo suficiente, porque se da por descontada en nuestro saber hacer. Como si se tratara de un equipamiento de fábrica, que viene instalado

en nuestras facultades personales. Pero no es así, es un atributo extraordinario que requiere desarrollo y perfeccionamiento, porque en ocasiones solo sabemos utilizar una parte de todo su potencial.

Aquí es donde entra la labor de los verdaderos maestros, que saben ver lo que nadie ve y que parece estar oculto al conocimiento de los demás, incluso del propio poseedor del talento. A partir de esa mirada perceptiva, apreciativa y sabia, el maestro ayuda a enriquecernos con su hallazgo y, si le dejamos hacer, nos alentará a potenciar ese talento que todos tenemos. Es un antes y un después, que puede convertirse en la clave esencial de nuestra existencia. No es extraño pensar que esto nos cause asombro, hasta tal punto que le dé un propósito claro y concreto a nuestra vida.

A partir de esa mirada perceptiva,
apreciativa y sabia, el maestro ayuda a
enriquecernos con su hallazgo.

Una vez estamos en manos de un buen maestro, guía o mentor, es necesario poner nuestro talento en juego. Es el momento de cultivar el esfuerzo, porque un talento que no se perfecciona con la práctica y el trabajo diario, se atrofia y se arruina. Es el esfuerzo constante el artífice de hacer relucir ese atributo que nos diferencia e incluso nos identifica. Y decimos cultivar porque es un proceso que ayuda

a sacar el mejor fruto posible a esa magnífica semilla que está sembrada en el interior de cada uno.

Este proceso es paciente y gradual, pero tiene el enorme mérito de disponer el talento para la grandeza. ¡Cuántas historias de personas con grandes cualidades y virtudes en potencia a las que el trabajo esmerado ayudó a sobresalir y florecer! Y por el contrario, ¡cuánto talento desperdiciado por falta de esfuerzo, estímulo y afán de superación!

Porque el talento no lo es todo ni es suficiente. Fiarse solo del talento resulta una necesidad que tiene un alto precio en la vida. Pero también es cierto, que apostarle solo al esfuerzo sin tener claro el talento a perfeccionar o carecer de éste, es un sinsentido que nos hace trabajar el doble de lo necesario o nos deja frustrados. Ahora bien, si hay un talento latente o en proceso de desarrollo, el esfuerzo y el entrenamiento adecuado según las condiciones básicas de la persona, permitirá adquirir las destrezas necesarias para perfeccionarlo.

La solución es escuchar con atención y dejarse guiar por quien mejor nos conoce y quiere nuestro bien. Un ejemplo estupendo para ilustrar este punto lo encontramos en Toni Nadal, tío y exentrenador durante varios años del gran campeón de tenis Rafael Nadal. En una conferencia sobre el talento como capacidad de aprender explica que su «sobrino tuvo una condición siempre muy buena, la sigue teniendo, que es que él siempre ha sabido escuchar. Es una persona que desde joven, se dejó guiar. Y eso le fa-

cilitó siempre el aprendizaje. A mí, el talento inicial tiene una importancia relativa. Yo entiendo siempre que el resultado final es talento inicial más trabajo. A menor talento inicial, más trabajo. Hay muy poca gente en la vida que triunfe por su talento inicial. La mayoría de gente triunfa por trabajo, porque ponen atención y van mejorando» (Toni Nadal, 2020).

«Hay muy poca gente en la vida que triunfe por su talento inicial».

Y esto tiene aplicación en cualquier profesión, labor u oficio. Sea un deportista, un artista o un escritor, la clave es siempre la misma: talento inicial más trabajo. Igual podemos decir para cualquier persona que busca perfeccionar una destreza. Sin embargo, la clave está en esta capacidad de aprender y dejarse orientar por quienes saben y quieren lo mejor para nosotros.

Sea un deportista, un artista o un escritor, la clave es siempre la misma: talento inicial más trabajo.

Siguiendo el discurso de Toni Nadal, resulta interesante su planteamiento sobre la autoridad de los que enseñan y su capacidad para forjar el talento de las personas intentando sacar lo mejor de ellas en cualquier circunstancia: «La capacidad de un entrenador, de un líder, de

un educador es no solo lo que dices, sino cómo lo dices y cuándo lo dices. Si yo quiero un buen jugador de tenis, yo necesito un gran entrenador. Si yo quiero una sociedad bien formada, necesito un gran profesor, necesito buenos profesores. Y yo creo que una sociedad va muy mal cuando no cuida a los que le tienen que marcar el camino, a los que tienen que enseñar a la gente» (*Ibídem*).

Porque son los buenos profesores y maestros los que ayudan a las personas a enseñar a pensar y a descubrir que el trabajo bien hecho es escuela de valores y fuente de inspiración para crecer por dentro.

De esto se trata este libro, de cultivar la sabiduría a través de la educación. Es decir, cultivar el asombro, no como una mera fuente de fascinación, sino como base para aprender con espíritu de novedad y sana curiosidad. Es un proceso de comenzar y recomenzar, sin considerar que lo sabemos todo. Una y otra vez, con afán de superación en cada cosa que hacemos y, también, con sentido de admiración por todo lo bueno por conocer.

De esto se trata este libro, de cultivar la sabiduría a través de la educación.

Sirvan estas siete ideas para aproximarnos a este interesante tema que nos permitirá situarnos en el apasionante mundo de la educación y su proceso transformador en las personas. Mi idea es ofrecer un listado concreto de ideas

que contribuyen a cultivar la sabiduría a través de la educación, y con ello, aportar a la reflexión de la relevancia que este tema tiene en la formación de los niños, jóvenes y cualquier persona que tiene afán de descubrir sus talentos particulares, los cuales configuran su vocación personal y profesional.

Por ello, en la búsqueda del contenido esencial de este libro he investigado en diversas fuentes de consulta, las cuales me han enriquecido el punto de vista y dan sentido a las diversas ideas que aquí propongo. Asimismo, he tomado nota de una variedad de conferencias, exposiciones y relatos acerca de la importancia de la filosofía, el carácter y la fuerza de voluntad en la formación de las personas. Y, he preguntado a muchas personas que saben de este tema, para dimensionar sus alcances en la vida de las personas.

Por lo tanto, vaya mi gran agradecimiento a quienes han contribuido a la edición de este libro y han hecho que todo el trabajo resultara de forma satisfactoria.

Gracias especialmente a mi familia, que secunda todas mis iniciativas personales y proyectos editoriales. Los quiero con todo mi corazón y aprecio cada detalle que enriquece nuestra vida juntos.

Raúl Alas Alas